

## SEGUNDA PARTE

### DESCRIPCIÓN REGIONAL DE FRANCIA

#### LIBRO PRIMERO

##### LA FRANCIA DEL NORTE

Preciso es ahora penetrar en la intimidad de este ser geográfico; pero ¿qué divisiones adoptar y por dónde comenzar? El Mediterráneo ha alumbrado nuestros orígenes, mas el Estado francés se ha formado en el Norte. Entre el mar del Norte, la Mancha, la Cordillera central y el Rin se extienden regiones naturales que se denominan el Ardena, las Flandes, la Cuenca parisiense y el País renano: cada una de ellas tiene su fisonomía, pero unidas entre sí por relaciones fáciles é infiltradas de influencias generales, se combinan en un conjunto que no debe ser fraccionado, la Francia del Norte, y este conjunto es el que ha servido de cuna á un gran Estado. No sería, sin embargo, suficiente para la inteligencia de su desenvolvimiento histórico limitarse á la Francia del Norte, sino que es menester tener en cuenta los territorios vecinos, porque del mismo modo que un árbol en un bosque, un Estado no se separa del medio en que viven á su lado, en contacto y en competencia con él otros Estados. Tratemos, pues, de describir en primer término este medio antes de abordar la descripción regional.

#### I

##### ARDENA Y FLANDES

###### CAPÍTULO PRIMERO

###### EL CONTACTO POLÍTICO DEL MAR DEL NORTE

La parte de Europa en donde los Países Bajos terminan enfrente de Inglaterra y que entre el Ardena y el Paso de Calais se abre hacia la Cuenca parisiense, es una región eminentemente histórica. Pocos territorios cuentan tantos recuerdos de guerras, y entre el Sambré y el Escalda, el Oise y el Somma no hay casi un palmo de tierra que no hayan pisado los ejércitos, siendo las más de las veces esos encuentros de ejércitos, choques de pueblos, celtas y germanos, galo-romanos y germanos, franceses, ingleses y alemanes. Allí se desarrollaron en gran parte las luchas por virtud de las cuales debieron constituirse razas y Estados, oprimidos unos contra

otros en los reducidos espacios que nuestra Europa les señala.

Es, en efecto, una encrucijada adonde concurren las principales vías de Europa: por tierra íbase allí desde el Mediterráneo en los más remotos tiempos; allí iban á parar los caminos terrestres del Rin y de la Baja Alemania; y por mar las navegaciones frisonas y escandinavas, en su expansión hacia el Sur, llegaban al país de Kent y á la costa flamenca que delante de éste se extiende. De esta convergencia de vías, de esta concentración de relaciones, resultó que esta región fué convirtiéndose poco á poco en un foco potente de vida general; por allí avanzó hacia el Norte la propaganda cristiana, convirtiéndose de este modo Reims, Tournai, Noyón y Corbie en centros de lejana influencia religiosa y artística. Más tarde, el comercio de las Flandes fué verdaderamente un comercio universal, en el sentido que esta palabra podía tener en el siglo XIV.

El efecto de estas relaciones, ora fuesen conflictos, ora encuentros pacíficos, fué poner en conmoción las fuerzas vivas de la geografía política. Ninguna región ha pasado por más vicisitudes que ésta, ni ha sufrido más atracciones en sentido contrario, ni ha presenciado más transformaciones territoriales. Las fronteras políticas han variado incesantemente: ya antes de la conquista romana, una «Bélgica» se distinguía de la Galia; Roma consagró esta división, el *Belgium*, y esta Bélgica romana se descompuso, á su vez, para dar origen á marcas-fronteras, llamadas *Germanias*, las cuales se perpetuaron, después de la caída del Imperio, en las provincias eclesiásticas de Reims y de Colonia, si bien no tardaron en desprenderse de sus dominios los vigorosos gérmenes de Holanda y de la Flandes. De este modo, jamás se contuvo el movimiento de la savia creadora de formaciones políticas nuevas, y así como en las regiones del Oeste y del centro de Francia los nombres de los antiguos pueblos, Poitou, Limousin, Berry, etc., subsisten en los lugares que aquéllos ocuparon antiguamente, en aquel escenario abierto á la vecindad del mar del Norte, los nombres han sido renovados, salvo muy pocas excepciones.

Ese mar que se extiende al Norte de las escarpadas

costas de Gris-Nez y de Douvres, con sus pesquerías, sus estuarios, sus *foehrdén*, sus *sunds*, sus *viks* y sus islas, entró relativamente tarde en la historia, como lo prueba el hecho de que en los autores clásicos recogemos la impresión todavía fresca de su descubrimiento. Sin embargo, en la época en que ese mar comenzaba á llamar la atención política, en el siglo I de nuestra era, Plinio, para designar sus riberas y sus ribereños, «pobres gentes que calientan en hogueras de turba sus alimentos y su vientre rígido á consecuencia del frío (1),» tiene expresiones que nos harían pensar en los parajes de Alasca y de las islas Aleutianas. Esto no obstante, pobladas cada día más sus orillas é invadida por los navegantes del Norte, no había de tardar en merecer el nombre de mar Germánico. Algún perfeccionamiento introducido en el sistema de construcción de los barcos fué sin duda el humilde origen de esa revolución que dió por resultado constituir alrededor del mar del Norte una forma nueva del germanismo, la más invasora de todas, el germanismo marítimo é insular.

Este germanismo, en lo que de cerca nos toca, dió por resultado la creación de la Flandes y de Inglaterra.

Más adelante estudiaremos la Flandes; ahora sólo haremos notar que por sus adhesiones marítimas y por sus relaciones con el Norte de Europa, representa una formación política de tipo nuevo, que rompe con los antiguos centros del país, es decir, los de la época romana, Tournai, Terouanne, y los reemplaza por otros cercanos al mar, Thouront, Brujas, Gante.

La invasión, en el siglo VI, de los anglo-sajones procedentes del Elba inferior, produjo la substitución de una Breña celta por una Inglaterra germánica, siendo este un fenómeno perfectamente marcado de colonización marítima. Cuando se observa la distribución de las tribus jutes, inglesas y sajonas que se establecieron á lo largo de las costas, desde el Forth hasta el Sussex, parece como que se extiende ante nuestros ojos la faja de colonias inglesas, escandinavas y holandesas que en el siglo XVIII se escalonaron á lo largo de las costas orientales de la América del Norte. Las colonizaciones se desarrollan siempre con la preocupación de conservar el contacto con el mar, y por consiguiente á lo largo del litoral: unas, como las de los griegos y más adelante las de los germanos y suecos del Báltico, continuán siendo litorales; pero en la gran isla bretona no sucedió así. La posesión de las costas orientales ponía en manos de los invasores germanos los ríos, las partes más fértiles y más abiertas, el eje mismo de la región; pues bien, de los gérmenes depositados á lo largo de las costas nació un Estado, Inglaterra, viendo Francia establecerse, en la costa que enfrente de ella se extiende, el germanismo en el sitio del celtismo rechazado.

De este modo se constituyó, en los umbrales del mar del Norte una zona de íntimo contacto entre el mundo romano y el germanismo, pudiendo verse en este hecho una de las condiciones iniciales de la formación de un Estado francés. Un Estado no es la expresión natural y casi espontánea de relaciones nacidas del suelo, como lo es una *región*, sino que es una obra de concentración artificial y sostenida que vive de acciones y reacciones

(1) Plinio, XVI, 1: «*Misera gens tumulos obtinet altos...; captumque manibus lutum ventis magis quam sole siccantes, terra cibos et rigentia septentrione viscera sua urunt.*»

recíprocas. A su situación en el punto más expuesto debieron su valor político las Marcas de Austria y de Brandenburgo en las Alemanias, y Moscovia en las Rusias, que allí donde el antagonismo crea el esfuerzo, el poder se afirma. Algo semejante aconteció en la línea de contacto en donde la antigua civilización romana hubo de hacer frente al neogermanismo constituido en el mar del Norte: desde los últimos tiempos del Imperio romano, el esfuerzo de resistencia, y por consiguiente de contracción, habíase trasladado visiblemente hacia la Galia septentrional, adquiriendo entonces Tréveris, Metz, Reims y el mismo París una importancia creciente. En adelante, los acontecimientos decisivos se concentran en la Francia del Norte.

A decir verdad, el contacto del mundo germánico no se limitó para nosotros, como se limitó para Italia, á un solo lado, sino que envuelve á Francia y penetra en ella por el Este lo mismo que por el Norte y se ejerce no tanto por choques intermitentes como por presión continua. Pero existe una sensible diferencia de configuración y de condiciones geográficas entre el germanismo danubio-renano y el del mar del Norte: Suiza, Suabia, Franconia, Alsacia, Lorena, son regiones naturalmente circunscritas, más capaces de realizar cierto grado de autonomía regional que de elevarse por sí mismas al rango de grandes unidades políticas. ¡Cuánto más estrechas eran las relaciones y cuánto más áspero también el roce por el lado donde nuestro naciente organismo nacional encontraba la contigüidad del germanismo comercial y marítimo!

La Flandes, principal mercado de Europa, término de vías comerciales que por el valle del Ródano y la Champaña atravesaban nuestro territorio eran para nosotros algo más que una vecina: sus relaciones se enlazaban estrechamente con nuestros intereses, y su vida potente nos servía de ejemplo, de tentación, de estímulo para la vida urbana. Y en cuanto á la vieja Inglaterra histórica, inclinada hacia sus Cinco-Puertos, su Támesis y su cuenca de Londres, estaba más cerca de nosotros, más interesada en nuestros asuntos que la Alemania danubiana y aun la renana: aquella Inglaterra no tenía más vecina que Francia ni más expansión posible que á costa nuestra; sólo en nuestro país encontraba la palanca para obrar fuera de su isla. Para nosotros el extranjero fué primeramente el normando, el *hombre del Norte*, y después el inglés. Sucesiva ó simultáneamente, según los tiempos, la Flandes, Calais, el Ponthieu, Normandía, Breña, el Poitou y la Guieña fueron campos cerrados en donde se agitó una ardiente rivalidad. La historia contiene muy pocos ejemplos de luchas cuerpo á cuerpo como estas.

#### CAPÍTULO II

##### LA CORDILLERA PRIMARIA DE BÉLGICA Y DEL ARDENA

Aunque estrechamente unidas en una misma zona de contacto, las llanuras del Norte y la Cuenca parisiense son comarcas fundamentalmente distintas.

Las llanuras por donde Bélgica confina con Francia aparecen desde luego como una región tan uniforme por la naturaleza de las capas superficiales del suelo

como por el nivel general y el clima. Sobre grandes espacios extiéndense capas limosas que amortiguan las desigualdades del relieve; y estas capas de limo, que encontramos en Rocroi, en Maubeuge, en Mons-en-Pevele, en Fleurus, en Seneffe y en las anchas ondulaciones que dibujan el campo de batalla de Waterloo, presentan sin duda entre sí ciertas diferencias: unas más secas, otras más húmedas, tales cubiertas de campos de trigo, cuáles pobladas de verdes prados y árboles. Sin embargo, juzgando sólo por la superficie, nuestros ojos encuentran por todas partes algunos de los horizontes que le son familiares en las llanuras también limosas diseminadas alrededor de París.

Hay, no obstante, entre estas llanuras del Norte y las de la Cuenca parisiense una gran diferencia que si no se impone á la vista se manifiesta por muchos siglos. El suelo es parecido, pero el subsuelo es distinto; en la Cuenca parisiense las antiguas capas geológicas se hunden á gran profundidad, al paso que en aquéllas se mantienen cerca de la superficie. Unas veces formando prominencia, otras en las cavidades y otras á flor de tierra ó á muy poca profundidad, algunas rocas pertenecientes á las edades silúrica, devónica, carbonífera y hullera (1), consérvanse al alcance de la vida exterior y ejercen directamente una acción sobre el hombre. Las riquezas minerales, que escasean extraordinariamente en la Cuenca parisiense, aquí abundan. En realidad el Ardena y las llanuras de Bélgica, contiguas á él, forman parte de una misma cordillera.

En efecto, basta que en el Hainaut y en el Brabante la erosión de los ríos haya abarrancado un poco la superficie, para que se vean surgir en Hal y en Gembloux esquistos y cuarcitas explotados desde antigua fecha, y en Ath, Maubeuge y Tournai, las antiguas calizas de donde han salido esos mármoles azulados, tan solicitados en todo tiempo para las construcciones del Norte de Francia. En las llanuras de Lens ó en las de Jemappes, al Norte de Mons, la superficie ondula debajo de los sembrados: aquí los vestigios de la Cordillera arcaica no se revelan por apariciones superficiales avivadas por las aguas, sino por los restos que de ellos arranca y arroja de nuevo el hombre. Sin las montañas de escorias negras que en algunos puntos se levantan, no se sospecharía la vida que se agita en las galerías del subsuelo: en efecto, el substrato primario no se halla como en el Brabante inmediatamente cubierto por los depósitos terciarios, porque los mares de la greda han invadido por transgresión esta parte de la región (2); pero las capas que estos mares han dejado como huella de su temporal permanencia son bastante delgadas para que el hombre haya podido atravesarlas sin gran trabajo y encontrar debajo de ellas la hulla.

Pues bien, estas rocas ligeramente hundidas ó que asoman en varios puntos del Hainaut, del Brabante, de una parte de la Flandes francesa y del Artois y hasta

(1) Véase lo que hemos dicho en la nota 2 de la pág. 111.

(2) Debajo de las capas de greda de Bernissart (Hainaut) las excavaciones practicadas en 1878 para la explotación de unas minas pusieron á descubierto los huesos de *iguanodontes*, reptiles gigantes que habitaban en un valle profundamente encajonado en el terreno hullero (Museo Real de Historia Natural de Bruselas). Los depósitos de greda, que se habían extendido en capas horizontales, habían llenado esas desigualdades del relieve primario.

del Boulonnais, volvemos á encontrarlas ocupando las superficies, formando crestas y cavidades, mesetas y valles, en cuanto atravesamos el Sambre y el Mosa, yendo de Charleroi á Lieja: la hulla está casi á flor de tierra, las calizas levantan escarpes de color de herrumbre, y un mundo de rocas de oscuras tonalidades, en donde, sin embargo, los esquistos verdes ó violáceos están de cuando en cuando interrumpidos por la blancura de las venas de cuarzo, toma posesión de aquel territorio.

Esto nos mueve naturalmente á pensar que tenemos ante nuestros ojos las partes de un mismo todo y que, bajo oscilaciones que han hundido ligeramente una parte del mismo mientras la otra se veía ligeramente levantada, es aquella la misma cordillera primaria que constituye la armazón esencial del suelo del Ardena, así como de las llanuras que en éste se apoyan por el lado Noroeste. Tal es efectivamente la conclusión que resulta no sólo de la analogía de las rocas, sino además de la de los accidentes de que éstas han participado. No hay que dejarse engañar por el aspecto tranquilo del relieve exterior en los sitios en que el substrato primario se ha hundido en la superficie, porque esas cumbres ligeramente onduladas cubren un paisaje subterráneo asombroso por la intensidad de las fallas y dislocaciones que revela. Las venas de hulla se hunden repentinamente y son bruscamente estranguladas ó interrumpidas por los bancos de greda que las contienen. Es una masa de montañas atormentada, enérgicamente retorcida y plegada, gastada por los agentes meteóricos que apenas se oculta bajo una delgada capa reciente. Hay algo en este contraste que sobrecege y las reflexiones que su contemplación despierta en la mente del autor de *La faz de la Tierra* acuden también naturalmente á la nuestra: «El arado, dice, abre tranquilamente su surco en el sitio en donde se produjeron las más formidables fracturas (3).»

Lo que el subsuelo revela solamente al ojo del minero en la parte actualmente hundida de la cordillera, lo ofrecen á cielo descubierto, en la parte hoy elevada y saliente, las secciones naturales de los valles. Esta última parte tiene un nombre, el de Ardena, antigua palabra céltica que como la de Hardt parece asociar la idea de altura á la de bosque.

La línea del Ardena, vista desde el ancho y fértil valle del Mosa, entre Sedán y Mezières, aparece más como bosque que como altura: una faja oscura y baja cierra el horizonte desde Hirson hasta Sedán, y aun más allá, sorprendiendo, obsesionando con su continuidad al espectador; y por encima del riente valle donde brillan las aguas, ese «fondo de Ardena» causa la impresión de un mundo diferente, más frío, más rudo, menos hospitalario. Las colinas calizas que en la otra vertiente del valle marcan el contorno de la Cuenca parisiense, no son en muchos sitios más elevadas que la margen inmediata que se alza enfrente de ellas; mas no importa: los ojos distinguen y adivinan campiñas entre los bosques diseminados por sus secas y rojizas vertientes (4), y vuelve á encontrar allí los caracteres

(3) Suess, *La Face de la Terre (Das Antlitz der Erde)*, traducción francesa, tomo I, capítulo XII (París, Armand Colin, 1897-1902, tres volúmenes).

(4) Por ejemplo, en la *Marfée*, delante de Sedán.

de una topografía que podría seguirse á lo largo de la Lorena y de la Borgoña. El Ardena, por el contrario, parece la aparición súbita de algún fragmento de Europa arcaica.

El Mosa, al penetrar en la cordillera, permite discernir la estructura de la misma: cuando en Charleville deja la dirección del Oeste para tomar la del Norte, rodea con un lazo estrecho una roca esquistosa que se destaca ya sobre el paisaje de su alrededor, y desde

las mesetas. Los bordes alternativamente convexos y cóncavos se corresponden por encima del valle, y si por acaso aparecen en ellos algunos festones, como en los «Quatre Fils-Aymon,» en Chateau-Regnault, débese esto á que algunas aristas de cuarzo han opuesto á la erosión una dureza superior aún á la de los esquistos cambrios. Esos muros, empero, no son más que el basamento de mesetas singularmente uniformes, extensas, compactas; y si por uno de los raros senderos que á



LLANURAS DE FLANDES Y DE PICARDÍA Y CORDILLERA PRIMARIA DEL ARDENA

La cordillera primaria del Ardena se hunde al Oeste debajo de terrenos más recientes, pero en Bélgica y en el Boulonnais permanece todavía muy cerca de la superficie. Entre las llanuras de Flandes y las de Picardía fórmase un umbral hacia las fuentes del Escalda. Las llanuras limosas del Vermandois y del Cambresis se continúan por las de la Hesbaye y señalan el camino hacia Colonia y hacia la llanura del Norte de Alemania.

aquel punto varía el aspecto de sus riberas, como varía su rumbo. El valle se estrecha entre vertientes cubiertas de bosques, y antiguos bancales con capas de viejos aluviones indican, á diversas alturas, el trabajo realizado por el río al acercarse al bloque resistente por donde se introduce. Sin embargo, hasta Chateau-Regnault no se encajona el Mosa entre los pliegues de los esquistos y de las gredas cambrios; desde allí hasta Fepín, en una extensión de más de treinta kilómetros, serpentea entre los abruptos muros que lo aprisionan y cuyas capas, casi en todas partes de roca viva y raras veces disimuladas debajo de escombros, denuncian una energía de plegamientos que en nada cede á la de las más altas montañas, tanto que á veces se pliegan y vuelven á erigirse hasta la vertical. Pero á unos 250 ó 300 metros encima del valle, aquellas capas se interrumpen bruscamente cortadas por el plano de superficie, de modo que allí donde pudiera esperarse que los pliegues encajonados se han de convertir en picos y cimas, dominan

derecha ó á izquierda se destacan, se escalan las fangosas y negras pendientes que ascienden por entre bosques, y se llega á un punto descubierto, abárcase un horizonte vasto y llano, en el que largas líneas no interrumpidas se entrelazan. El sentimiento de la altura no resulta del modelado del relieve, sino del melancólico aspecto salvaje de aquel horizonte de sotos y turbales: el bosque, «inmenso bosque de árboles pequeños,» dice Michelet, parece acercarse á su límite de altitud, que en efecto resulta singularmente bajo á causa de la humedad del clima, y la ilusión de la montaña persiste sin la montaña.

Y es que efectivamente esa extremidad del Ardena es el núcleo emergido desde más antiguo de montañas que el desgaste de las edades aplanó. La parte de la cordillera constituida por las rocas del período cambrio no ha dejado de permanecer durante largas edades emergida, ya como isla, ya como continente, á pesar de los numerosos y repetidos accidentes á que ha estado